

CUIDADO CON EL PERRO

POR JAVIER SÁNCHEZ FERNÁNDEZ

—Ese perro está loco, te digo que está loco. Además, me tiene manía.
Vaya gracia, vaya.

—No, hombre, no. Lo que pasa es que te extraña.

—¿Pero cómo que me extraña? ¿Si vivo con vosotros! Si lo hemos criado entre todos. Me tiene manía y un día me va a dar un disgusto.

—Venga, pasa.

—Que no, que no paso. Pasa y mira, no vaya a estar suelto.

—Que está encerrado, hombre, que está encerrado.

—Mira, por si acaso.

—¡Qué pesado!

Entra. Va caminando pesadamente. Qué calor. Hasta que no me lo confirme no paso. Dice que me extraña. Qué risa. Me conoce de sobra, lo que pasa es que está loco. Ya ha intentado echarme la boca un par de veces. Sin venir a cuento. El invierno pasado me hizo sangre en una cadera, a pesar de la pelliza de cuero que llevaba. Fue poca cosa. Lo que hay que hacer es tener cuidado y ya está. Hasta que no me lo confirme no entro. Vaya sol, sólo pega.

Fernando se vuelve poco antes de llegar a la casa y me hace señas para que entre.

—¡Está encerrado!, me grita.

Me da la sensación de que ni siquiera se ha molestado en comprobarlo. Meto las manos entre los barrotes y descorro el pestillo, que está

en la parte de dentro. Empujo la pesada verja y ya estoy sobre el empedrado del jardín. Hay que cerrarla de nuevo, echar el cerrojo. Ha de estar así. Camino y me desabrocho la camisa. Me voy a meter en la piscina cuanto antes. Ya no veo a Fernando, debe haber entrado en la casa. Toda la finca está inundada por el agobiante sol de la mañana. No veo a nadie.

De repente lo veo. Lo estoy viendo. Ha salido del jardín y se ha plantado en la mitad del camino, entre la verja y la casa. El pánico me impide cualquier movimiento. Me parece más grande que nunca. Se me arranca como un toro. ¡Viene con el pecho por delante y el cabello firmemente encajado sobre los apretados músculos del cuello.

Ya no lo veo. Corro como un gamo hacia la verja que me separa de la seguridad, pero oigo, cada vez más cerca de mi espalda, sus gruñidos y jadeos. ¡La verja! Ya la toco. No se abre. El pestillo. Rápido, rápido. Lo descorro y abro, saco medio cuerpo fuera, pero ya es tarde. Cuchillos. Los gruñidos quedan ahogados con mi pierna dentro de su boca. Secude salvajemente la cabeza de un lado a otro sin soltarme. Tiene la boca llena de cuchillos. Grito como un descosido.

Ha transcurrido medio minuto. Horas. Me agarro a la verja y procuro mantener la cabeza y el cuello alejados de sus fauces. Un coche que pasa por la autopista se ha detenido frente a la finca y sus ocupantes observan la escena. Los alaridos y las lágrimas me salen solos, sin el menor esfuerzo por mi parte. Se ha apoderado de mis nalgas, mis caderas, mi cintura. Muerde y suelta y vuelve a morder y a soltar furiosamente.

Ya ha pasado casi un minuto, cuando veo al chófer golpeando al perro con el pitorro de bronce de una manguera. No suelta. El jardín se llena de gritos. La abuela y la tía, seguida de las sirvientas y los guardeses, corren hacia mí, levantando los brazos, dando chillidos. El último, Fernando.

El perro me suelta. Retrocede unos metros y se vuelve para enseñarme su potente chullicería. Tiene el hocico manchado de sangre. Es mía, pienso. Me suelto de la verja y caigo al suelo como un saco de harina. Estoy rodeado de personas y comentarios. El chófer y el guardés me levantan en brazos y me transportan hasta la casa. Tengo el pantalón hecho jirones y teneo de rojo oscuro. La sangre se desliza por mi pierna y encharca las playeras.

—Yo creí que estaba encerrado, miente Fernando.

—¡Aspirina, que le den una aspirina! —oigo.

—Es que los cruces son muy malos, señorito, muy malos. Es lo que tiene— chapurrea el guardés apretando la colilla entre los labios.

—¡Que avisen a Gallardo! —dice mi tía.

Gallardo es el practicante de Aravaca. Curandero, diría yo. Siempre está a golpe de teléfono y se presenta en su utilitario. No sé por qué en es-

ta casa hay una confianza ciega en sus servicios.

Me depositan en el porche, en la tumbona de mimbre. La tía me baja cuidadosamente los pantalones. Me miran la pierna. Yo les veo las caras. Y los entrecejos fruncidos y las bocas entreabiertas. Mi abuela se marea y la sientan. Lo que más me preocupa en este momento es que se escape la fiera y me encuentre boca abajo, en la tumbona, como servido en bandeja.

Cuando mi tía ha empezado a limpiarme la pierna con algodón y alcohol, consigo verme con esfuerzo la herida de la pantorrilla. Es la mayor. Una enorme sajadura desgarrada, como una boca amenazante, torcida. Ya no sangra y puedo ver claramente como cuelgan de ella unos gruesos fibrones de músculo y algo trasparente, como cuajarones de gelatina. Ahora todos se esfuerzan por hacerme creer que no es nada, pero miran mi pierna lo menos posible.

Ha llegado el practicante con su cartera y su ridícula pantomima de hombre de acción. Soy despojado del calzoncillo.

—¡Tiene el culo rojo! —observa la mujer del guardés con una mano delante de la boca.

Exijo el despeje del porche, y todo el servicio se retira. Soy trasladado a la habitación y depositado en la cama, sobre una sábana blanca. El practicante me limpia de sangre las posaderas con nerviosos toques de algodón empapado en alcohol.

—¿Qué es lo que me cuelga de la herida? —pregunto lacónico.

—¡Eh! —dice, dirigiéndome su mirada de besugo.

Debo repetirle la pregunta.

—¡Ah! —responde— ¡la pelleja! ¡La pelleja! ¡La pelleja que se le sale!

Y dicho esto, le echa las manos a mi pierna y empieza a remeter con los pulgares, dentro de la herida, los trozos de carne roja y blanquecina que el perro me había desgarrado. Tengo que morder la almohada. El dolor es fuerte y estoy en manos de un salvaje.

—¿Habrás que coser? —oigo preguntar.

Por lo visto no se sabe. El practicante Gallardo dice que volverá más tarde y depende de cómo esté la herida. Entonces me pondrá o no grapas.

Se va y le acompañan. Portazo. Silencio. Quedo solo. Los cruces son malos. Cruce de boxer y mastín. O no: de boxer y pastor alemán más o menos puro. No se sabe. No comprendo cómo, en las películas, los que son atacados por perros, se levantan tan tranquilos después del ataque, y, a veces, hasta se les ve caminar. Absurdo. Ahora lo sé. Habría sido mejor subirse a la verja de un salto. ¿Qué hacían los del coche que se detuvo, arriándose no sé qué a la cara? Tomaban fotos. No, película. Eso es, toma-

ban una película. Lo que hay que ver. Tengo ganas de orinar pero me es imposible. Siento un cosquilleo en la herida, me miro y veo una mosca entusiasmada. Entra Fernando, le digo lo de la mosca y me rocía la pierna con un pulverizador de insecticida. Para ser mi primo me quiere bastante poco.

—El perro te extraña —insiste. No está loco, no. Lo que pasa es que te extraña. Te ha tomado por un desconocido que entraba en la finca... Por eso se te ha tirado.

Guardo silencio pacientemente con la cara hundida en la almohada. Por el pasillo se oye un rumor creciente de voces y pasos que se aproximan. Todos los familiares entran en tromba en la habitación, presididos por mi tío, que acaba de llegar, y a quien todos pugnan por explicarle lo ocurrido. No se ponen de acuerdo. Sus conclusiones (él es un hombre de conclusiones rápidas) son tajantes: el odio que el perro me tiene está justificado.

—Tú le has hecho algo al perro, y por eso ocurre lo que ocurre. ¿A que sí?

Niego.

—No digas que no, no digas que no. Tú le has hecho algo al perro cuando era pequeño. Le diste con un palito, o algo por el estilo, y el animal se acuerda, no creas.

—¡Animalito! —le compadece la abuela.

Juro.

—No, lo que pasa es que lo extraña. El perro lo extraña —apunta Fernando.

La admohada ahoga mis resoplidos.

Aparece la doncella acompañando al practicante y los familiares, reacios en su mayoría a cualquier demostración de tipo carnicero, dejan el cuarto.

Desconocían hasta el momento la técnica de las grapas. Son piezas metálicas que pellizcan profundamente la carne. Se clavan a ambos lados de la herida y comprimen sus bordes. Empiezo a sangrar de nuevo. El curandero no para de poner grapas. Le digo que me cago en su padre, y oigo la voz de la tía. Es por mi bien, me dice. Termina. Me cambia la sábana empapada en sangre. por otra limpia. Soy convenientemente vendado y abandonado a mi suerte como antes.

Se van a acompañar al practicante-curandero que me irá recetando algún sacacuartos. Silencio. Calor. Y más calor con el vendaje. El tiempo transcurre.

Oigo voces. Gritos en el jardín. Ladridos. Intento aproximarme a la ventana que da al porche. Es difícil. Me duele todo. Me arrastro apo-

yándome en los muebles y en la pierna menos herida. La ventana. La abro. Me asomo a ver. Siguen los gritos. Es Fernando. Lo traen. Lo ponen en la tumbona de mimbre. La tía le baja los pantalones. Tiene sangre. La abuela se marca y la sientan.

—Es que los cruces son muy malos, señorito, es lo que pasa —dice el guardés.

—¡Aspirina! ¡Que le den aspirina! —oigo.

Madrid, 29-X-70

